

Género, encierro y maternidad. Un acercamiento a la prisión en femenino

Resumen

Son numerosos los estudios que han tratado las consecuencias de la privación de libertad en la mayoría de la población carcelaria: los hombres, pero son pocos los que analizan la situación de una minoría que componen las mujeres dentro de un entramado diseñado por y para hombres. De ahí que sea imprescindible abordar esta realidad mediante un enfoque de género que además de señalar las consecuencias del encierro sobre las personas, acentúe lo inadecuado de esta medida sobre la mujer y tenga en cuenta la relevancia de la maternidad cuando ésta se da tras los muros.

Palabras clave

Prisión. Género. Maternidad. Infancia. Derechos

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

Abstract

There are several researches that study the consequences of the deprivation of liberty in the majority population in jail: men. However there are only few studies that analyse the situation of women as a minority within a structural framework designed by and for men. For this reason, it is essential to address this reality through a gender approach, which aims to point out the consequences of confinement in prison, the inadequacy of this measure for women, and the relevance of motherhood behind the walls.

Keywords

Prison. Gender. Motherhood. Childhood. Rights

Author/Autor

Maria José Gea Fernández

Socióloga. Experta en Derechos de Infancia.

Asociación GSIA Grupo de Sociología de la Infancia y la Adolescencia.

Red Temática Internacional GEISPE sobre Género y Sistema Penal.

1. ¿Cómo son las mujeres que están en prisión?

La tasa de encarcelamiento femenina ronda el 8% de la población total de personas encarceladas¹. Los delitos por los que cumplen condena de forma mayoritaria las mujeres se relacionan tanto directa como indirectamente con el consumo y/o tráfico de drogas². Esto tiene que ver con lo que se denomina como “correo de la droga” o “mula”. Para analizar esta cuestión es preciso referirse a las políticas de control (punitivas y de extranjería) y a las políticas antidroga, pues ellas manifiestan una mayor criminalización de los actos cometidos por mujeres, la ausencia de un enfoque de género que atienda a la especial situación de las mujeres extranjeras y cómo el diseño de las políticas antidroga hace particularmente sensibles a las mujeres que participan en este proceso, al considerarlas por un lado ejemplo de la maldad del cártel de la droga, y por otro símbolo tanto de un daño que se realiza a la sociedad a la que llegan, como de la violencia de sus países (Almeda, Bodelón y Ribas, 2005). La cuestión de la extranjería es clave a la hora de dibujar un perfil de los módulos de mujeres, pues alrededor de un 35% de las mujeres presas son extranjeras³, lo cual supone atender a su condición, reconociéndose una mayor dureza del encierro para ellas, al sufrir un mayor aislamiento tanto por las dificultades que supone la no comprensión del idioma, como por el hecho de no recibir visitas de sus familiares, y por la mayor falta de recursos económicos. De igual forma en 2012 las condiciones se han endurecido para las personas extranjeras en prisión mediante la circular 1/12⁴, la cual se traduce en una denegación sistemática de los permisos de salida de las personas extranjeras no comunitarias, una mayor dificultad para acceder a un régimen abierto o de obtener la libertad condicional, lo que supone en definitiva un cumplimiento más férreo de las condenas impuestas⁵.

Otra cuestión a resaltar desde un análisis con enfoque de género, es cómo a pesar de la baja peligrosidad que suponen los perfiles delictivos mayoritarios de las mujeres (suele ser su primer delito, no hay relación previa con las organizaciones, no hay un uso de la violencia...), predominan las condenas de media duración frente a las de baja duración.

El grupo de edad más numeroso es el que va desde los 21 años hasta los 40, periodo reproductivo relacionado de forma directa con la importancia de la maternidad en el análisis de la mujer presa.

No existen datos oficiales sobre su estado civil, pero a través de otros estudios (Jiménez y Palacios, 1998, p.120) la mayor parte de las mujeres presas son madres solteras, unidas en ocasiones con hombres con los que mantienen relaciones estables, aunque también son habituales las relaciones esporádicas con otros presos. Almeda alude a la precocidad con la que estas mujeres se embarcan en una relación sentimental con esperanzas de encontrar una estabilidad que las ayude a tener una independencia de la familia de origen, más aún en las que son parte de familias con un alto grado de marginalidad (a mayor precocidad en su independencia del grupo familiar, peor relación con su familia de origen). Además es importante resaltar que en muchos casos se puede relacionar su historial delictivo con su relación de pareja (Almeda, 2003, pp.98-112).

La media de hijos/as (3.2) se sitúa muy por encima de la media nacional (Jiménez y Palacios, 1998, pp.120-121), lo cual puede relacionarse con el mantenimiento del rol tradicional de la mujer como principal responsable de éstos, aunque no se cumpla con el rol del padre como proveedor de recursos económicos, recayendo esto también

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

en las mujeres sobrecargándolas con la dificultad que ello supone al estar presas.

Se da una alta tasa de analfabetismo y de mujeres que no terminaron los estudios primarios, siendo esto más acusado en las mujeres de etnia gitana (Equipo Barañi, 2001).

En cuanto a datos sobre salud de nuevo no existen informes oficiales pero otros estudios como los ya mencionados (Jiménez y Palacios; Almeda...) advierten sobre la incidencia de enfermedades víricas (SIDA y hepatitis). Respecto a salud mental el trastorno más frecuente es la depresión junto con otros asociados como la ansiedad, teniendo especial relevancia atender a la posibilidad de que se aplique una sobremedicalización, fruto tanto de una conceptualización patriarcal histórica de la mujer como enferma mental (histérica), como de una ausencia de seguimiento médico y psicológico adecuado dada la masificación de internas/os y la escasez de personal de este tipo.

En definitiva se observa un perfil de una alta vulnerabilidad social. La mayoría de estas mujeres provienen de familias numerosas, cuyo entorno social no es favorable, y en el que aparece de forma alarmante la incidencia de los malos tratos y los abusos sexuales. Muchas han pasado por centros de protección o de reforma, es decir que se alarga una institucionalización en algunos casos.

La monoparentalidad es también una constante, pues aún habiéndose socializado en la familia de origen, la madre ha sido quien las ha criado, al igual que sucede ahora en un alto porcentaje con sus hijos e hijas, estando el rol paterno ausente en su mayoría lo que de alguna manera puede relacionarse con el tipo de relaciones amorosas complejas que desarrollan (Almeda, 2003, pp.87-98).

2. Una prisión más dura para ellas

Las principales diferencias que hacen que se observe un encierro más duro que en el caso de los hombres se centran en dos ámbitos: el espacio y el tratamiento.

En el caso del espacio se resalta el menor número de establecimientos que albergan mujeres, siendo meros “añadidos” de las cárceles masculinas⁶. Este menor número supone la aplicación de la dispersión geográfica no como castigo sino por

notas

¹ Según las estadísticas de Instituciones Penitenciarias, en el mes de agosto de 2012 el número de mujeres presas en las cárceles españolas (a excepción de Cataluña) ascendía a 5320, siendo esto un 7,64% de la población total de reclusos/as en el Estado.

² En agosto de 2012 los datos de Instituciones Penitenciarias mostraban que un 49,5% de las mujeres presas cumplían condena acusadas de cometer delitos contra la salud pública, seguido de un 28,2% que lo hacían por delitos contra el patrimonio, muy en relación con el consumo de drogas (Almeda, 2003, p.66).

³ En agosto de 2012, de las 5320 mujeres presas, 1893 se contabilizaban como extranjeras, es decir un 35,58% no eran españolas (datos de las estadísticas oficiales de Instituciones Penitenciarias).

⁴ Ministerio de Interior, 2012. Secretaría General de Instituciones Penitenciarias. Circular I-1/12. Asunto: Permisos de Salida y Salidas Programadas.

⁵ Las dificultades añadidas que presenta el colectivo de extranjeras/os en prisión merece un análisis propio, el cual no puede darse en el presente artículo pero pueden consultarse otros estudios completos como el citado de Almeda y el de la autora (Gea, 2014, pp.236-239).

⁶ Principalmente se distinguen tres tipos de dependencias penitenciarias donde se distribuyen las mujeres: 1- módulos dentro de cárceles de hombres; 2- pequeñas cárceles de mujeres dentro de grandes complejos penitenciarios de hombres (“macrocarceles”); 3- establecimientos exclusivamente femeninos. De esta última opción sólo existen cuatro centros (de los más de 80 que hay en el caso de hombres): son Alcalá de Guadaira en Sevilla, Brieva en Ávila, Madrid I mujeres y Wad Ras en Barcelona. (Almeda, 2003, pp.37-38).

rutina o necesidad. Además al ocupar un espacio muy reducido de la extensión total del centro se dispone de menos espacio para actividades; en ocasiones peores condiciones de habitabilidad; mayores restricciones en el acceso a zonas comunes utilizadas por hombres; al existir pocos departamentos, las internas no son separadas ni por edad ni por tipo de delito o clasificación penal; y los mecanismos de control y rigidez son aún más duros que en el caso de los hombres, es decir existe una menor tolerancia a la indisciplina a pesar de la baja peligrosidad de las mujeres.

Respecto al tratamiento no se da un trato individualizado, lo que se traduce en una menor atención a las necesidades específicas familiares y laborales; hay una menor posibilidad de acceso a los talleres (mayor inactividad respecto a los módulos de hombres en general); se da un enfoque marcadamente sexista en los talleres ofertados a las mujeres y en los programas de tratamiento centrados en reforzar el rol tradicional de la mujer y una cierta instrucción de la función de madres; se da también una menor posibilidad de acceso al tercer grado al no existir un departamento específico para ello afectando en mayor medida a las no españolas sin arraigo en el país; una tendencia a medicalizar las conductas antisociales y los estados de tristeza sin un seguimiento psicológico y psiquiátrico adecuado y personal; y por último se trabaja el tratamiento desde una falta de confianza en la palabra de las personas presas, afectando en este caso tanto a hombres como a mujeres (Almeda 2002, 2003).

Como se ha expuesto hay una característica común en el encierro femenino y es la aplicación de la dispersión de forma sistemática al existir menos centros que albergan a condenadas, este hecho se justifica por ser mucho menor el número de mujeres con penas de prisión frente al alto número de

hombres, pero debe observarse cómo una medida que se utiliza como castigo en la política penitenciaria, se pone en marcha de manera rutinaria con las mujeres, siendo aún más grave para las mujeres acompañadas de niños/as en cuyo caso es aún más común⁷. Esta separación geográfica de sus familiares y amigos, no hace sino agravar otra de las características que empapan la vivencia de la mujer presa: la ruptura del vínculo familiar, social y la desestabilización que ello supone, lo que explica que en algunas ocasiones mujeres que quedan embarazadas estando en prisión, mantengan oculto su estado para no ser trasladadas lejos de sus familias, con el consiguiente riesgo que esto conlleva para su salud y la del feto.

Así mismo, además de la dispersión geográfica que asegura la separación de sus familiares, también incide la socialización patriarcal de la que suelen provenir que hace que en un alto número de casos al entrar la mujer a prisión se produzca un abandono por parte de la pareja hombre⁸ no siendo así a la inversa cuando se da el caso en el que es el hombre el que cumple condena, pues la pareja mujer además de hacerse cargo del cuidado y mantenimiento del núcleo familiar, le provee tanto de recursos como de afecto a lo largo de todo su encierro. Así, en demasiadas ocasiones la mujer al poco tiempo de entrar en prisión es dada de lado por su pareja, lo que acrecienta el impacto psicológico no sólo referido a sentimientos amorosos, sino y más importante, al aumento de presión que supone para ellas saberse únicas responsables del cuidado de sus hijos desde la distancia.

El coste social de que una mujer entre en prisión es como vemos más alto que en el caso de los hombres, ya que de forma general, es la mujer la que sostiene el núcleo familiar (desde antes de entrar en prisión o una vez se produce el abandono

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

por parte de la pareja hombre), siendo en su mayoría madres, a cuyo cuidado están los hijos e hijas e incluso otros familiares como pueden ser sus propios padres. Por tanto debe valorarse no sólo el impacto del encierro sobre la mujer, sino también el de las personas que la rodean. El aislamiento y la soledad son características propias del encierro femenino, y más aún para las mujeres extranjeras, cuya situación es muy complicada tanto en este sentido como en lo que se refiere a recursos económicos. Es por ello que la mujer desarrolla diferentes tipos de estrategias para evitar la prisión en mayor grado que el hombre; estrategias a largo plazo como aumentar su capacitación mediante el estudio, mejorando así su situación económica, o estrategias más a corto plazo que responden al tiempo corto de la supervivencia cotidiana como es tejer redes de solidaridad, familiares y amistosas, aceptar trabajos precarios por debajo de su capacitación, e incluso utilizar su especificidad biológica como fuente de recursos (siendo de nuevo amplio el abanico: desde la donación de óvulos, al matrimonio de conveniencia, o la que responde a una mayor urgencia e inmediatez: el trabajo sexual). Las diferentes estrategias resultan duras de llevar a la práctica, pero bastantes eficaces en mantener a las mujeres alejadas de la necesidad de delinquir (Juliano, 2011, pp.61-71), explicándose con ello la gran diferencia porcentual entre los hombres y las mujeres presas: 92,3% y 7,6% respectivamente en enero de 2015.

Añadido a este alto coste social, deben resaltarse las peores condiciones que soportan las mujeres una vez presas ya que las cárceles están pensadas para albergar a una población masculina como se ha expuesto brevemente, careciendo la política penitenciaria de un enfoque de género desde la dirección de los centros (siendo lo habitual que los cargos directivos estén ocupados por hombres)

de forma que las necesidades e intereses de las mujeres no están contemplados y las medidas de seguridad que se les aplica no están en relación con sus perfiles delictivos ni la peligrosidad que se les atribuye.

Otro factor que es aún más acuciado en el caso de las mujeres que son madres es el efecto del doble juicio al que se enfrentan: el juicio penal que conlleva una pena privativa de libertad por la comisión de un delito, y el juicio social por haber fallado a un rol impuesto como mujeres y mucho más como madres o en camino de serlo (embarazadas). Este tipo de juicios se vehiculan a través tanto del rechazo social general, como desde la organización del tratamiento en prisión con estas mujeres, marcadamente sexista y centrado en reforzar su condición de madres por encima de la de personas.

NOTAS

⁷ Las unidades internas o módulos de madres se encuentran en los centros penitenciarios situados en Sevilla (C.P. Alcalá de Guadaira), Valencia (C.P. Picassent) y Madrid (C.P. Madrid VI – Aranjuez). En 2005 eran 9 las cárceles que disponían de este tipo de módulos, mientras que en la actualidad han descendido a tres.

Esta importante reducción de módulos internos no está acorde con el número de plazas que suponen las unidades externas creadas recientemente (también tres: Madrid, Sevilla y Palma de Mallorca), por lo que se puede prever una cierta masificación y lentitud en el acceso a este derecho, lo que supondría que se diera la permanencia de niños y niñas en módulos de mujeres no adaptados para albergarlos, con el consiguiente riesgo e incumplimiento de la ley.

Estos datos no incluyen Cataluña, pues en ese caso habría que sumar otra unidad, la del Centro Penitenciario de Mujeres de Barcelona (conocido como Wad-Ras).

⁸ “Otro motivo importante que influye en la decisión de separarse es la poca voluntad de la pareja de las mujeres encarceladas de continuar manteniendo la relación desde el momento en que ella ingresa en prisión. Normalmente se desentienden de ellas así que ingresan, por lo que en la mayoría de los casos no reciben visita alguna. De hecho, de las mujeres entrevistadas, solamente un 18% manifiestan tener visitas mensuales de su pareja regularmente” (Almeda, 2003, p.106).

3. La cuestión maternal dentro de los centros penitenciarios

Al hablar de la mujer presa es inevitable aludir al alto porcentaje de madres que se encuentran cumpliendo condena. La maternidad en prisión suele vivirse desde la distancia, el dolor y la extrema normatividad que vehicula o más bien obstaculiza las relaciones materno-filiales.

Existe la posibilidad de mantener una relación diferente con los hijos e hijas a través del ingreso en un módulo maternal o unidad de madres. Esta excepción sólo puede darse en el caso de que el niño/a sea menor de tres años o que la mujer entre embarazada o quede embarazada una vez estando presa. En la actualidad, como se apuntó al inicio, sólo quedan en funcionamiento tres módulos maternos dentro de los centros penitenciarios (cuatro si contamos Cataluña) y tres unidades externas. Se debe diferenciar claramente el concepto de módulo materno, unidad dependiente y unidad de madres externa, estando sólo en el interior de la prisión el primero de ellos y los otros dos en el exterior, lo cual supone para ambos atenerse a un régimen más laxo y a un perfil de interna en tercer grado. En el estudio llevado a cabo⁹ nos centramos en el análisis de los módulos de madres insertos en los centros penitenciarios que albergan población tanto masculina como femenina.

Los módulos de madres son arquitectónicamente iguales al resto de módulos de la prisión, diferenciándose por estar decoradas las paredes con motivos infantiles. No están adaptados para albergar niños y niñas ya que se mantienen elementos no adecuados como son las puertas de cierre automático, barrotes, escaleras sin topes de seguridad, las celdas son reducidas y no hay muebles para mediante puertas alejar productos

peligrosos como los de limpieza de los niños/as. Aún así, para que una cárcel disponga de un módulo de este tipo deben darse ciertas condiciones en pro del desarrollo infantil. Debe tener una escuela infantil interna; darse un acuerdo con el/la pediatra del centro de salud más cercano para que pase revisión en la prisión unos días marcados; tiene que existir un convenio con alguna asociación que se encargue de realizar salidas semanales con los niños y niñas unas horas fuera del centro; y debe modificarse el protocolo de seguridad respecto a las medidas coercitivas que se realicen a las madres (no se puede aplicar aislamiento, fuerza física personal, defensas de goma o aerosoles). Estas medidas son unos mínimos que no aseguran el cumplimiento de derechos de los niños y niñas, pues en la práctica, las cuestiones regimentales, de seguridad, están muy por encima de los recursos de tratamiento. La masificación de la prisión no facilita esta labor; desde los propios centros admiten que esta circunstancia se escapa de su cometido: los hijos e hijas de la presas no son condenados/as, aunque acaban conformando esa masa de internos y como tales, se ven insertos tanto directa como indirectamente de muchas de las problemáticas de la privación de libertad, pues una cuestión que se ha denunciado desde diferentes estudios y agentes es la escasez de personal de tratamiento (trabajadores/as sociales, psicólogas/os, educadores/as, sociólogas/os...) y la saturación laboral que sobrellevan estos trabajadores y trabajadoras, suponiendo todo ello una ausencia de atención personal, llegando incluso a admitirse por parte de internos/as que durante su estancia en prisión no han tenido casi contacto con estas figuras¹⁰ lo cual dificulta enormemente las funciones que dice perseguir la medida del encierro: reeducación y reinserción; siendo muy relevante en el caso de las mujeres a cuyo cargo se encuentran niños, niñas y/o adolescentes dentro

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

fuera de prisión, viviendo esta no atención a sus necesidades personales con una angustia y sentimiento de ansiedad elevado, y afectando tanto directa como indirectamente a personas que no han sido penadas por la ley: estos niños, niñas y adolescentes.

4. La vivencia de los niños y niñas que conviven en prisión

Hasta 1995 se permitía la estancia durante los seis primeros años, pero desde entonces la edad de estos niños y niñas se rebajó desde el nacimiento a los tres años, siendo así menos visible el posible impacto a diferentes niveles, pero no por ello inexistente como se expone a continuación.

La principal conclusión del estudio realizado es que los derechos del niño/a se vulneran frente al derecho de la institución carcelaria de mantener un control sobre las personas que encierra.

Es cierto que se toman algunas medidas ya mencionadas en torno a una cierta adaptación a la realidad de que residan en prisión estos niños y niñas, pero el hecho de que exista una escuela infantil, acuda un pediatra, o no se den según qué medidas coercitivas, no asegura la protección de los derechos de estos niños y niñas ni se protege tampoco el interés superior de éstos/as al que hace alusión la regulación. Tampoco se atiende al proceso vital en que se encuentran estos niños/as, ni a su etapa de desarrollo que corresponde a la primera infancia, etapa clave en la formación de la persona.

Para llegar a esta conclusión, el análisis se ha apoyado en la articulación de diferentes conceptos que se han considerado pilares necesarios a

partir del enfoque relacional propuesto por Berry Mayall (2002) el cual se basa en conceptos como generación, género, y grupo minoritario. Los datos analizados son parte de los testimonios recogidos en las entrevistas a las diferentes figuras adultas que rodean a estas niñas y niños, tanto dentro como fuera de prisión.

Estos datos apuntan a que fruto de su situación, presentan un mundo relacional complejo ya que está impregnado del entramado administrativo en el que se desarrollan sus vidas. En el análisis se ha dividido la cuestión relacional en dos tipos de redes. La red primaria formada en primer y más importante lugar por la madre, siendo de forma general una relación con un fuerte vínculo afectivo condicionado en gran medida por la posibilidad de que se dé una futura separación de ambos. Es cierto que dado el perfil de la mujer presa, en el cual llama la atención como en su mayoría son mujeres que han sufrido algún tipo de violencia de género, se dan en ocasiones puntuales relaciones negativas madre-hijo/a (por ejemplo cuando el bebé es fruto de una relación tortuosa o incluso de una violación). También puede suceder que la mujer esté enferma o diagnosticada de algún trastorno mental, lo cual es característico de la prisión: su alta tasa de enfermedades infecciosas, toxicomanías, y la tendencia a la medicalización

notas

⁹ El presente artículo está basado en el estudio publicado por Tierra de nadie ediciones en mayo de 2014, *Una condena compartida. Un estudio de caso sobre el control penal. Niñas y mujeres en régimen carcelario*.

¹⁰ El 42% de las personas presas no han visto nunca al psicólogo/a, lo cual no es algo extraño cuando en la prisión de Topas un centro de unos 1500 internos (que inicialmente se creó para albergar 1008 plazas) el equipo de tratamiento está compuesto por 5 psicólogos/as, 4 juristas, 10 trabajadores sociales (que no son funcionarios), 10 educadores/as y un coordinador de trabajo social (Gallego y otros, 2010, pp. 94-107).

Género, encierro y maternidad. Un acercamiento a la prisión en femenino

en cuestiones mentales (mucho más si se trata como se ha dicho del caso de la mujer).

Por otra parte y conformando también esa red primaria, estarían el resto de relaciones familiares las cuales se suceden de una forma limitada y normativizada, e incluso pueden ser inexistentes sobre todo cuando la mujer es extranjera, o la ubicación del centro es muy lejano a la residencia familiar de la mujer (dispersión). También son importantes a nivel de desarrollo, emocional y afectivo, las relaciones con sus hermanos/as, las cuales además de estar sujetas a las mismas restricciones, se encuentran limitadas por el poder de las decisiones adultas. Es habitual que los hermanos/as que se encuentran fuera del centro si no están al cuidado del padre o de la familia extensa (normalmente la familia materna), lo estén en régimen de acogida con otras familias, internos/as en centros de protección, o en adopción, siendo en todos estos casos cada vez más complejo el mantenimiento de la relación tanto con el hermano/a en prisión como con la propia madre.

En cuanto a la red secundaria, se insertarían aquí el resto de relaciones no familiares que se dan en este medio: otras madres, educadoras infantiles, educadora social, psicóloga, pediatra, voluntarias de organizaciones y funcionarias de vigilancia. Llama la atención cómo a pesar de la alta burocratización de la realidad carcelaria, no existe un protocolo en cuanto a la relación y actuación que ha de mantener el funcionariado de vigilancia con estos niños y niñas, o lo que es lo mismo, existe libertad a la hora de que las funcionarias decidan tener un trato u otro con estos niños/as, lo cual no asegura ni una preparación específica para ello, ni una motivación ni sensibilidad hacia la infancia, lo que pone de nuevo el acento en cuestionar la protección de estos niños/as frente a

un régimen ya prefijado que no tiene en cuenta la presencia infantil.

El concepto de generación desde el enfoque relacional es útil a la hora de valorar la distribución de poder entre generaciones coexistentes, siendo como vemos aquí más pronunciado si cabe que en la sociedad “libre”, pues no se encuentra sólo centrado en la figura materna en este caso, sino en otros múltiples adultos que ostentan poder no sólo sobre los niños y niñas, sino sobre las madres dándose alrededor de estos niños/as un alto ejercicio de poder. Un ejemplo de esto es el exceso de normatividad que rodea el juego de los niños/as ya que son las propias madres las que al sentir la presión del control por parte del funcionariado de seguridad, supervisan a su vez en exceso a los niños/as no dejando por ejemplo los juguetes en lugares “no permitidos”.

Otro concepto transversal al estudio es el género como venimos apuntando. Ya hemos mencionado que las prisiones que albergan módulos de madres carecen de enfoque de género y no atienden a las necesidades de éstas (otro ejemplo de ello es la escasez de atención ginecológica, teniendo en cuenta que se alberga a mujeres embarazadas o que han dado a luz de forma reciente), por lo que indirectamente los niños y niñas también sufren esa ausencia de políticas sanitarias adecuadas.

Son muchas las similitudes que se dan entre la conceptualización social de la infancia y la consideración que muestran las personas relacionadas con el medio cuando son preguntadas por la mujer (madre) presa. En ambos casos el concepto de incapacidad aparece sino directamente, de forma indirecta en los argumentos que justifican paternalismos en muchos casos extremos hasta el punto de cuestionar la capacidad maternal de

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

estas mujeres, o la capacidad de percepción de la situación de estos niños/as. Y es que el grupo de niños y niñas que conforman esta realidad, además de ser parte de la minoría infancia que por edad se les atribuye, también son parte de la minoría que constituye estar en prisión o haberlo estado por lo que debe considerarse el impacto de la prisionización en relación por ejemplo, con la pérdida de habilidades adquiridas y de autonomía, siendo perceptible en los casos en los que el niño/a no ha nacido en el centro e ingresa en éste una vez ha comenzado su desarrollo en el exterior. Este retroceso puede darse en términos de pérdida de control de esfínteres, capacidad de habla, normalización del sueño, alimentación, procesos de estrés... También se pueden dar dificultades propias de dicho impacto a la hora de exponerse, una vez se abandona el centro, a los espacios abiertos, lo cual sucede en mayor grado en las personas adultas.

Todas estas cuestiones apuntan, por un lado a una persistencia de violencia tanto real como simbólica en el medio, y por otro a una ausencia de normalización de la situación, a pesar de que desde las instituciones se remarca este objetivo como primordial, pues en este caso, al igual que en la función de la propia institución carcelaria, los recursos son insuficientes para lograr el cometido en el que se sustenta el encierro: la reinserción y la reeducación, siendo los niños y niñas perjudicadas por ello.

Si se atiende a las obligaciones que figuran en la regulación para que pueda darse la estancia de estos niños y niñas junto con sus madres, pocas puntualizaciones pueden hacerse, pero dichas obligaciones no aseguran como decimos la protección de los derechos de estos niños y niñas, pues son medidas muy laxas, poco concretas, con

ausencia de enfoque de género y de derechos. Las limitaciones a las que se ven sometidos por residir en centros mixtos (cuando se evita que las mujeres hagan uso de las zonas comunes por ser más sencillo restringirles el uso a ellas que a los hombres que componen muchos más módulos. En el caso de las madres, por el posible riesgo que conlleva para las niñas/os el contacto con otras personas presas, se limita aún más este uso transformándose en un aislamiento aún mayor que el del resto de módulos), la fuerte protocolización de determinadas medidas de seguridad como los recuentos o cacheos (estos últimos son registros que se realizan tanto a las celdas como a las propias personas, no quedando exentos los niños y niñas. Debe considerarse la gravedad de este hecho por dos motivos principales: el primero, que éstos no están cumpliendo condena alguna, y el segundo, que no existe un protocolo para el funcionamiento de seguridad a la hora de realizar un cacheo a un niño/a, por lo que se realizarán a conveniencia del trabajador/a, con el consiguiente riesgo para estos niños/as) o la no adecuación de los espacios para albergar a niños y niñas de tan corta edad (no se da una eliminación de barreras ni elementos peligrosos, como las escaleras o las puertas de cierre automático, ni se adecúa el volumen de la megafonía ni la temperatura a la presencia de recién nacidos y niños/as de pocos meses de vida, entre otras cosas).

Son demasiados los aspectos que hacen que estos niños y niñas no escapen de su condición de “presos/as” formando parte de esa minoría social, junto con otras muchas como la que les es dada por su edad, o las que se refieren a su origen cultural o racial. Pero si hay una experiencia que desde ninguna esfera puede negarse como algo que fácilmente puede generar un cierto trauma en estos niños y niñas, es el hecho de la separación.

Los hijos e hijas de las mujeres en prisión pueden acompañarlas hasta los tres años de edad, pero si en este periodo de tiempo la madre no ha alcanzado un régimen de tercer grado o la libertad, dicha separación se dará. Es cierto que se trata de realizar un proceso progresivo, realizando salidas cada vez más frecuentes con las personas que quedarán fuera a cargo del niño/a, pero no en todos los casos esto es posible, ya que como hemos dicho existe una alta tasa de mujeres extranjeras cumpliendo condena en prisiones españolas que carecen de un medio familiar pues en su mayoría su estancia en este país no ha ido más allá del espacio físico del aeropuerto. Otros casos en los que no se da esta situación deseable de que exista una familia que quede a cargo, es en mujeres que no tienen apoyo ni del padre del hijo/a, ni de la propia familia extensa, por lo que estos niños/as pasarán de forma mucho más brusca a sistemas de acogida dentro de los programas de protección. Pero aún en el mejor de los casos, el impacto siempre está presente tanto en los niños/as como en las propias madres, para las cuales el encierro en soledad una vez que estuvieron acompañadas de sus hijos/as se hace aún más difícil de sobrellevar.

Sobre el cómo han de darse los procesos de separación desde el respeto a los derechos del niño/a y su desarrollo, tienen también mucho que decir las educadoras infantiles de las escuelas externas a las que asisten los niños y niñas a partir del primer año y medio aproximadamente, pues las educadoras en demasiadas ocasiones no son avisadas de que esta separación no sólo de la madre, sino también de los referentes en la escuela del niño/a, profesoras y compañeros/as, va a darse (en ocasiones se corresponde con un traslado de centro inesperado, no sólo se produce por edad), siendo imposible trabajar con el niño/a el proceso de la separación para que se normalice

y comprenda por su parte evitando que el daño sea mayor. Hablaban estas profesionales de lo incomprensible que es el hecho de que la institución busque el ingreso de los niños y niñas en centros educativos “normalizados”, es decir ajenos a lo carcelario, pero en cambio no se respeta el curso escolar, sino que se rijan por un estricto protocolo ajeno a la lógica educativa. De nuevo los argumentos del propio régimen por encima de las necesidades reales de desarrollo de unas personas que no están cumpliendo condena alguna.

5. A modo de conclusión

Se precisa por muchas razones un análisis de la ejecución de condenas desde un enfoque de género cuando tratamos de adentrarnos en un módulo de mujeres, más aún si éstas se encuentran acompañadas de sus hijos e hijas.

Son muchas las dificultades añadidas al encierro femenino, siendo más duro si cabe que el masculino desde mi punto de vista y el de numerosos estudios sobre la situación de la mujer en prisión, articulándose desde la gestión y el funcionamiento de la propia prisión hasta el contexto social y familiar, que en demasiadas ocasiones lejos de ayudar abandona y culpabiliza. Así, la prisión es más dura para ellas y es por ello, por lo que las mujeres tienden a desarrollar estrategias que las alejen de la comisión de un delito, pero aseguren su supervivencia y la de sus familias, respondiendo este hecho a la gran diferencia entre las tasas de mujeres y hombres encarcelados.

Por otra parte, la socialización de estos niños y niñas se está desarrollando en un medio hostil, violento e inapropiado, que no atiende a la importante etapa de desarrollo que constituye la pri-

Gender, confinement and maternity. An approach to women in prison

mera infancia. Tal y como se ha comprobado en el estudio la presencia de estos niños/as es una cuestión que se escapa del planteamiento global de las cárceles. Es cierto que se incluyen unos requisitos para que un centro albergue un módulo de este tipo y que se cumple con ellos, pero esto no asegura los derechos de la infancia privada de libertad, ni se atiende al interés superior del niño/a dada la escasez de recursos sociales y de tratamiento que velen por hacer prevalecer este interés. Es por ello necesario llamar la atención sobre el escaso valor que se otorga desde la oficialidad que rige lo penitenciario a la permanencia de personas no penadas por la ley dentro de un centro de condenados/as.

Estos niños y niñas son una minoría constituida por su edad, la de la infancia, dentro de otras muchas, lo cual parece no tenerse en cuenta a la hora de valorar su situación, pero aún así, no se han encontrado voces favorables a lo positivo de su estancia en el centro, aunque sólo las propias madres y los sectores más relacionados con lo educacional o psicológico se muestran más críticos y contundentes en su discurso, otorgando un papel activo a los niños/as, reconociendo los conocimientos que éstos/as presentan sobre su situación y la de su madre, lo cual supone asumir de algún modo la posibilidad de que se forje una cierta generación social¹¹ y se perpetúe su lugar en los escalones más desfavorecidos de la sociedad a través del concepto que se ha denominado como antiélite generacional¹², que en los peores casos nos llevaría a hablar de la existencia de una espiral de la exclusión alimentada por el propio sistema.

Desde el estudio se concluye por tanto que el problema abordado no sólo es que el niño/a se encuentre en prisión, sino que el análisis de la situación concreta de los niños y niñas, nos lleva a una

confirmación más amplia: la privación de libertad tal y como está hoy establecida en los centros penitenciarios no es efectiva, ya que lejos de ello presenta numerosas deficiencias y obstaculiza la normalización de las vidas que se pretende desde el discurso oficial de “reeducar y reinserir” a las personas, más aún en el caso de las mujeres que soportan una mayor dureza en su encierro y son una pieza clave para evitar o provocar una desestructuración mayor que afecte a otros individuos, lo cual a nivel de coste social lo eleva en demasía.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeda, E. (2002). *Corregir y castigar. El ayer y hoy de las cárceles de mujeres*. Edicions Bellaterra: Barcelona
- Almeda, E. (2003). *Mujeres encarceladas*. Editorial Ariel: Barcelona.
- Almeda, E., Bodelón, E. y Ribas, N. (2005). *Rastreado lo invisible. Mujeres extranjeras en las cárceles*. Anthropos Editorial: Barcelona.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción*. Taurus: Madrid.
- Cappelaere, G. y Grandjean, A., (2000). *Niños privados de libertad. Derechos y realidades*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: Madrid.

notas

¹¹ Hablar de generación social supone hablar de generación no como contemporaneidad, sino como participación en experiencias y acontecimientos comunes que crean lazos (Mannheim, 1990).

¹² Se proyecta éste como el fenómeno inverso al planteado por Bourdieu de “élite generacional”, ya que en este caso es la escasez de recursos, con todo lo que ello conlleva, lo que hace que las siguientes generaciones comiencen sus vidas situados en los estratos más desfavorecidos socialmente. La escasez de recursos se suplía con el afecto, pero en el caso estudiado se ha observado como hasta esto se encuentra limitado y condicionado por el férreo medio en el que se desarrollan las vidas de estos niños y niñas.

Género, encierro y maternidad. Un acercamiento a la prisión en femenino

Cruells, M. y Igareda, N. (2005). *Mujeres, integración y prisión*. Aurea Editores: Barcelona.

Equipo Barañi, (2001); *Mujeres gitanas y sistema penal*. Ediciones Meytel. Madrid: autor.

Gallego, M., Cabrera, P., Ríos, J. y Segovia, J.L. (2010); *Andar 1 km en línea recta. La cárcel del siglo XXI que vive el preso*. Universidad Pontificia Comillas: Madrid.

Gea, M.J., Sádaba, I. y Domínguez, M. (2014). *Una condena compartida. Un estudio de caso sobre el control penal. Niñ@s y mujeres en régimen carcelario*. Tierra de Nadie Ediciones: Madrid.

Jiménez, J. y Palacios, J. (1998). *Niños y madres en prisión. Desarrollo psicosociobiológico de los niños residentes en centros penitenciarios*. Ministerio del Interior/Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: Madrid.

Juliano, D. (2011). *Presunción de inocencia. Riesgo, delito y pecado en femenino*. Gakoa Liburuak: Donostia-San Sebastián.

Mannheim, K. (1990). *Le problème des generations*. Nathan: París.

Mayall, B. (2002). *Towards a Sociology for Childhood*. Open University Press: Buckingham.